

The background of the cover is a dark, atmospheric illustration of a person sitting at a desk in a dimly lit room at night. A desk lamp is turned on, casting a warm glow on the person's back and the desk. Through a window in the background, a cityscape with a prominent illuminated tower is visible against a dark sky. To the right, a bookshelf filled with books is partially visible in the shadows.

JOSÉ LUIS PINILLA JIMÉNEZ

Diario de
un estado de
alarma

R.

Para Marga y Luis

Querida Kitty:

Esta mañana me preguntaba si no te sientes como una vaca que tiene que estar rumiando cada vez las mismas viejas noticias y que, harta de tan poca variedad de alimento, al final se pone a bostezar y desea en silencio que Ana le presente algo nuevo.

El diario de Ana Frank
Ana Frank

.

LA CRISIS DEL CORONAVIRUS

Miércoles, 18 de marzo de 2020

Hoy he decidido comenzar un diario con aquellas cosas que nos suceden a mí y a mi familia en esta crisis, llamada del coronavirus. Está claro qué ha provocado esta situación, y nadie, por muy versado que se creyera en temas epidémicos, hubiera apostado un céntimo a que, ahora, toda la población de España y gran parte de la del resto del mundo nos encontraríamos confinados en nuestras casas.

Como son las primeras anotaciones en este diario, antes de empezar a describir las cosas que nos han sucedido hoy, echaré un poco la vista atrás para saber por qué nos encontramos en casa sin poder asomar la nariz por las escaleras.

Durante las pasadas Navidades, los españoles nos dedicamos a ver a través de los informativos cómo en la famosa ciudad de Wuhan (famosa por tener un mercado de animales con “escrupulosas” reglas sanitarias), todos los ciudadanos se convertían en un ejército de clones con mascarillas que huían de un enemigo invisible. Nos decían que se habían infectado de un virus desconocido. Muchas eran las versiones para concretar el origen del mismo: que si en un mercado se habían comido un pangolín (animal exótico que yo no había visto en mi vida) infectado con el virus, y que de ahí pasó a los humanos; después le echaron la culpa a una especie de murciélagos; incluso, se desarrolló la teoría conspiranoica en la que se hablaba de un laboratorio de máxima seguridad del

ejército chino donde se producían virus letales, del que se habría escapado uno cual velociraptor en el mismísimo Parque Jurásico. Cómo no, Donald Trump, el presidente más discreto en la historia de los Estados Unidos de Norteamérica, también tuvo su cuota de protagonismo en las teorías de la conspiración. Según los más retorcidos, todo fue una especie de venganza para derrotar al gigante chino en la guerra económica y tecnológica que vienen disputando ambos países desde hace un tiempesito. Y para ello, se valió de un bichito inapreciable por el ojo humano que unos agentes de la CIA, tal que Jason Bourne, fueron desparramando con mucho disimulo por el país de las especias.

Todo muy de película. Así lo veíamos a través de nuestros televisores, tranquilamente en el sofá de casa. Al tiempo que nos decían las cifras desproporcionadas de muertos e infectados, nos dedicábamos a comentar lo poco escrupulosos que son los chinos y las guarrerías que se comen. Cuando el gobierno oriental decidió confinar a todos sus compatriotas en sus casas y parar toda la producción industrial, se oían comentarios en los que se hacía alusión al gobierno dictatorial de la República Comunista, como si todavía estuvieran viviendo en tiempos pretéritos de principios del siglo XX, vanagloriándonos de lo desarrollados que son nuestros sistemas de participación públicos, donde todos los derechos están garantizados por encima de cualquier partido político, y mucho más, la libre circulación de las personas.

De cualquier modo, todos los comentarios despectivos cabían cuando se hablaban de las costumbres chinas, de manera que, algunos hispanos, incluso empezaron a mirar mal a este colectivo, o mejor dicho, a mirarlos peor de lo que ya lo

hacían. Eso sí, nadie se planteaba ni por asomo, que tal epidemia se pudiera extender por nuestro país. Estaba muy lejos, nosotros tenemos un control sobre los alimentos a prueba de bombas, nuestro sistema sanitario es el mejor del mundo, y lo que es más, ese virus es como una gripe, solo que un poco más rebelde. La sanidad china no estaba tan preparada como la superpoderosa sanidad española, ni siquiera eran capaces de controlar una gripe con un poco de mala leche.

En estas, acabadas las vacaciones navideñas, nos enteramos que algún italiano despistado residente en la región de Milán estaba infectado con el susodicho bichito. Y que el contagio, según las crónicas del país transalpino, se había esparcido como una mancha de aceite por toda la Lombardía. Comenzaron a producirse las primeras víctimas mortales en el viejo continente, pero el pueblo ibérico seguía observando la cosa con la curiosidad del que se ve una verruga en el dedo gordo del pie. No solo era una percepción de los que habitábamos la piel de toro, nuestros corresponsales periodísticos en el país italiano, entre ellos, uno de los más prestigiosos, el señor Lorenzo Milá, se hacía viral en las redes sociales con una crónica desde el mismo foco de la infección en la que nos tranquilizaba a todos, confirmando que varios expertos insistían en que era una simple gripe asilvestrada que solo se arriaba a algunas personas mayores con patologías previas.

Por entonces, las rutas aéreas entre los dos países latinos seguían a pleno rendimiento, total, quién iba a pensar que el bicho no tenía que pagar billete para poder subirse a cualquiera de esos aviones. Los italianos ya habían decidido suspender los partidos de fútbol y los de baloncesto en sus respectivas competiciones domésticas en esa región del país,

pero nosotros enviamos al Real Madrid de baloncesto y al Valencia Club de Fútbol a jugar sendos partidos a puerta cerrada en el mismísimo Milán, ¡con un par! A fecha de hoy, hay jugadores y miembros del cuerpo técnico infectados en los dos equipos.

Por supuesto, después de ver como aparecían los primeros casos en España, nuestros responsables políticos se lo tomaron muy en serio, y comenzaron a alertar del peligro que corría toda la población. Fue entonces cuando apareció en escena nuestro más reputado experto en alarmas sanitarias, el doctor Fernando Simón, creo que Director del Sistema de Emergencias Sanitarias del Ministerio de Sanidad, o algo así. A partir de no sé qué fecha, nuestro experto comenzó a dar una rueda de prensa por la mañana y otra por la tarde para comentar, con el mismo agobio que provoca recitar los resultados de la quiniela de fútbol, el número de infectados y de víctimas mortales que se producían cada día, haciendo hincapié en que eran pocos, provocados por un agente exterior, y controlados en todo momento. — “El virus no es tan letal, y solo ataca a personas con muchos problemas de salud” — nos repetía nuestro guardián. Así pasaron varios días, viendo cómo subía poco a poco el número de afectados, hasta que llegó el siete de marzo. Ese fatídico día volvió a convocarse la rutinaria rueda de prensa, donde el doctor Simón fue interpelado por un periodista con la malintencionada pregunta de si sería pertinente que la población asistiera a la manifestación del ocho de marzo en la que se preveía una afluencia masiva en todo el territorio nacional, muy en especial en la capital del Reino. Pues bien, ni corto ni perezoso, habló la voz de la sabiduría científica indicando que si su hijo le solicitaba ir a la misma, él no se lo iba a prohibir. ¡Eureka! Ya está todo

dicho, todos los españolitos a la calle a manifestarse. Y así fue como las principales avenidas de la capital madrileña se llenaron de ríos de alegres manifestantes, al igual que ocurre todos los años en el Serengueti cuando las manadas de ñus acuden a su cita con el río Mara, donde les esperan con las fauces abiertas una legión de hambrientos cocodrilos, solo que en este caso, el depredador no tiene dientes afilados, sino una pequeña corona que se adhiere a nuestro organismo y devora poco a poco nuestros pulmones. Entre los muchísimos asistentes al evento se encontraban la plana mayor del recién constituido gobierno de coalición. Nada, no pasaba nada.

Ese mismo día, también en la capital, en una plaza de toros abarrotada de público, el partido político VOX se deleitaba contraprogramando un acto frente a la manifestación feminista. Y en olor de multitudes, uno de sus máximos dirigentes, moqueando y tosiendo como un descosido, se dedicó a dar besos y abrazos hasta a los mástiles que sostenían la iluminación. En ningún momento se le ocurrió pensar que un viaje de turismo a la capital milanese en plena explosión de la epidemia tuviera nada que ver con su malestar.

Tampoco se había decidido cerrar los estadios de fútbol, para qué, si nuestro estimado controlador de epidemias no lo veía pertinente. Entre esos aficionados nos encontrábamos nosotros, que con menos ganas que nunca fuimos a cumplir con nuestra penitencia verdiblanca. Teníamos la dicha de ser visitados por el ilustre Real de Madrid, que esa jornada venía a conservar el liderato de la categoría. Más de cincuenta mil personas, sentadas a medio palmo unas de otras, y vociferando contra todo lo que se movía. Lo único bueno fue que

ese día le tocaba aparecer al Curro Betis para romper una discreta racha de más de diez partidos sin ganar.

Y llegó el lunes, y toda la calma que nos había transmitido el amigo Simón se tornó en tempestad. Nubarrones de infectados y de muertos caían de los árboles. ¡El apocalipsis! Ahora había que cerrar todos los colegios de Madrid a toda velocidad, no acercarse a nadie a menos de dos metros y salir corriendo de cualquier espacio donde se juntaran cinco personas. Italia ya contaba las víctimas mortales por centenas y obligaba a sus ciudadanos a permanecer en sus casas, mientras que el número de infectados en la capital española se hacía exponencial. Curiosamente, se produjo un paréntesis en las apariciones del experto epidemiológico, y ya corría el rumor de que más pronto que tarde se tendría que cerrar la Comunidad de Madrid. Pero a algunos madrileños, en vez de darles por permanecer quietos en sus casas, prefirieron optar por salir a los parques y pasear por las calles con sus niños, eso sí, acompañados de sus abuelos porque los papis tenían que trabajar. Parece que el grupo de más riesgo entre la población eran los mayores, pero es lo que había...

Así transcurrieron las jornadas hasta que llegó el viernes trece, ¡qué fecha más maja! Desde primera hora de la mañana se sabía que el Gobierno estaba preparándolo todo para que al día siguiente se decretara el estado de alarma, quiere decir, todos encerrados en casa hasta no se sabe qué fecha. Así que, cuando salí del trabajo, por mi cerebro solo pasaba rotatoriamente de forma ininterrumpida un rótulo luminoso que decía: "comprar comida, comprar comida, comprar comida...". Y eso fue lo que hice, me dirigí directamente al Hipercor de la SE-30 y me gasté casi trescientos euros. Entre lo adquirido:

media vaca picada, medio cochino en filetes, pasta para abrir un parque de bolas y tomate frito para completar los efectos especiales de cinco pelis de terror. Esta compra compulsiva, porque reconozco que fue así, compulsiva, me valió el reproche de mi mujer. —“¿Qué te crees que se va a acabar el mundo?” — Yo asentí y le pregunté que si no estaba al tanto de las últimas noticias, pero no me sirvió de mucho, ella no estaba para nada de acuerdo con mi actitud apocalíptica.

No a todo el mundo le dio por comprar. A algunos madrileños, sabiendo ya que les iban a prohibir salir de su comunidad autónoma, les pareció oportuno escapar del foco de la infección y marcharse a las segundas residencias en las playas, e incluso alquilar un pisito por los quince días que parecía que duraría la encerrona. De esa manera tan “cívica”, esos compatriotas capitalinos nos llevaron la buena nueva por todo el territorio, de manera que, por ejemplo, en la localidad costera de Gandía se duplicaron los casos en pocas horas. A todo esto, los reinos de taifas de nuestro estado de las autonomías, fieles a sus principios y haciendo halago de una alta responsabilidad, se dedicaban a criticar al Gobierno por usurparles parte de sus cacareadas competencias. Menos mal que el País Vasco parece que se bajó pronto del burro y comprendió la gravedad del momento y del asunto, el cual no podía, de ninguna manera, continuar sin un mando único de actuación. No pudiendo esperar en ningún caso lo mismo de nuestro estimado y honorable *President*, el señor Torra, para el que la patria está por encima de todo, ¡*visca Catalunya libre!*

Bueno, eso fue un poco lo que ha precedido a este miércoles dieciocho de marzo de dos mil veinte, ahora ya estamos concienciados de que no podemos salir de casa salvo para

comprar comida y tirar la basura. La cifra de infectados y de fallecidos no cesa en su escalada, sobre todo en la Comunidad de Madrid.

En esta tensa espera en la que nos encontramos ahora, estamos tomando medidas para tener una rutina diaria que nos ayude a mantener la mente y el cuerpo medianamente sanos. Por las mañanas, está claro, tengo que trabajar, bueno teletrabajar, desde las ocho hasta las tres. Tengo que confesar que con un poquito de agobio, dado que es la primera vez que trabajamos así, y todos queremos tomar la iniciativa y resolver los problemas como si el mundo se fuera a terminar en ese instante. Espero que a lo largo de los días se vaya normalizando. Marga también tiene tarea para trabajar en casa, y Luis se dedica a realizar los ejercicios que le manda su profesora por *WhatsApp*. Durante la tarde estamos haciendo gimnasia. Hay que decir que Viding, nuestro gimnasio, nos está haciendo más amable este confinamiento con unas clases online por *YouTube*. ¡Muchas gracias Viding, nunca olvidaremos estas clases! Sin duda nos ayudan a liberar tensión, mantener el tono muscular y a generar endorfinas que nos elevan el ánimo. Después del ejercicio físico, estamos manteniendo el contacto por videollamada con las familias de José y Elena, Mario y Rosa y Ana y Eduardo. Fue una iniciativa de José, y esto, también nos está ayudado a establecer un hábito que a su vez nos saca del entorno familiar para seguir manteniendo las relaciones sociales. Por supuesto, también llamamos a nuestros familiares, yo procuro hablar todos los días con mis hermanas, con mis padres ya lo hacía antes, con lo cual no he notado la diferencia. Marga hace lo mismo, mantiene contacto diario con su familia.

Desde hace unos días, se ha convocado por las redes sociales a toda la población para que mientras dure esta crisis, nos asomemos a nuestras terrazas y ventanas a las ocho de la tarde y se dé un fuerte aplauso en reconocimiento a la titánica labor que están llevando a cabo nuestros sanitarios. Nosotros no faltamos a la cita. Luis es el que más énfasis le pone, —“Ale, ale” — grita a la vez que choca sus manos con todas sus fuerzas.

Hoy a las nueve de la noche, también estábamos convocados por nuestro rey, que nos ha ofrecido un discurso al estilo navideño, pero monográfico sobre la crisis sanitaria. Hay que decir que el monarca está en horas bajas. Esta semana, en medio de la hecatombe vírica, lanzó un comunicado para decirnos a todos los españoles que renunciaba a la herencia de su padre, al mismo tiempo que le retiraba la asignación económica que religiosamente le abonaba el Estado. Dicho en castellano, vino a decir, mi padre es un golfo. Al parecer, todo presuntamente mientras no sea ratificado por un juez en un juicio con todas las garantías, el mérito se había confundido un poco y había cobrado una serie de comisiones que no le correspondían y que no había declarado correctamente. Unos cuantos millones de euros, poca cosa. Eso es lo que tiene tener amigos con tanto dinero como la familia real saudí, que te hacen regalitos y, uno..., pues los coge. Lo malo es que como no quieres que nadie se entere de esos dineros, se los donas a las amigas con las que te llevas mejor, como por ejemplo a una señora a la que llaman *la princesa Corina*. Pero los amigos, hay veces que se enfadan entre ellos, y entonces dejan de ser amigos, y un reproche por aquí y otro por allí, y todo salta por los aires. Al parecer, la muy buena amiga del rey campechano se ha dedicado a desvelar algunos asuntos un poco turbios de